

D. RAFAEL M. BARALT.

---

Á CRISTOBAL COLÓN.

AL SEÑOR D. DOMINGO DEL MONTE.

Venient annis sæcula seris,  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet et ingens pateat tellus  
Thetisque novos detegat orbes  
Nec sit terris ultima Thule.  
(SÉNECA, *Medea.*)

Tu frágil carabela  
Sobre las aguas con tremante quilla,  
Desplegada la vela,  
¿Dó se lanza, llevando de Castilla  
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino  
Del no surcado mar por la onda brava,  
¿Por qué ciega y sin tino,  
Del pérfido elemento vil esclava,  
La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave  
Desconocidos vientos mueven guerra?  
¿Cómo, medrosa el ave,  
Con triste augurio que su vuelo encierra,  
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,  
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,  
¿No ves cómo á deshora  
Del Norte amigo y firme se desvía,  
Y á Dios y á la ventura el leño fía?

¿Y el piélagos elevado  
No ves al Ecuador, y cuál parece  
Oponerse irritado  
Á la ardua empresa; y cuál su furia crece;  
Y el sol cómo entre nublos se obscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama  
De aligeras centellas lluvia ardiente:  
¡Ay! que el abismo brama;  
Y el trueno zumba; y el bajel tremente  
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca  
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño  
En la cercana roca;  
Mira el encono y el adusto ceño  
De la chusma sin fe contra tu empeño:

¡Y cuál su vocería  
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña  
Creciendo, y agonía,  
Con tumulto y terror la tierra extraña  
Pide que dejes por volver á España!

¡Ay triste! que arrastrado  
De pérfida esperanza, al indo suelo  
Remoto y olvidado,  
Quieres llevar flamífero tu vuelo!  
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente  
Y el oro del Japón buscas en vano;  
En vano á Mangi ardiente;

Ni de las hondas aguas de Oceano  
Jamás verás patente el grande arcano.

¡Vuelve presto la prora  
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,  
Donde del nauta llora,  
Juzgándole quizá cadáver yerto,  
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena  
Vanamente el error cante en su lira:  
¡Colón! clava la antena;  
Corre, vuela; no atrás, avante mira;  
Al remo no des paz; no temas ira.

Y aunque fiero, atronado,  
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento  
En furia desatado,  
Resista el corazón, y al rudo acento  
De tus pinos aviva el movimiento.

Por la fe conducido,  
Puesta la tierra en estupor profundo,  
De frágil tabla asido,  
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo  
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día  
De ínclita hazaña y la mayor victoria  
De la humana osadía,  
En fama excelso, sin igual en gloria,  
Eterno de la gente en la memoria!

En la tostada arena  
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,  
De asombro el alma llena,  
Y en voz de amor y de alabanza en canto  
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre  
Aclamar triunfador entre la gente  
Y un culto dar al hombre  
Desde el gélido mar y rojo Oriente  
Al confín apartado de Occidente ;

Y la sacra bandera  
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,  
Al viento dar ligera  
Del astro de los Incas en la zona,  
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,  
Humillada á tus pies, en plauso ahora  
Al cielo el grito mueve;  
Y el que del sol en las regiones mora  
Angel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía  
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra  
De orgullo y de alegría!  
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;  
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,  
Mundo perdido en tártaras regiones;  
Mundo nuevo, coloso  
De los mundos, sin par en perfecciones,  
De innumerables climas y naciones,

De ambos polos vecino,  
Entre cien mares que á su pie quebranta  
El Ande peregrino,  
Cuando hasta el cielo con soberbia planta  
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí, raudo, espumoso,  
Rey de los otros ríos, se arrebatá  
Marañón caudaloso

Con crespas ondas de luciente plata,  
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera  
En la gallarda copa dulce expira  
Perenne primavera;  
Y el cóndor gigantesco fijo mira  
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes ;  
Émulo al ancho mar lago sonoro ;  
Tormentas, huracanes ;  
Son árboles y piedras un tesoro,  
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva á Europa  
De tamaño portento alta preseal  
Hiera céfiro en popa,  
Ó rudo vendaval, que pronto sea,  
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélagos sonante  
Abrirá sus abismos: sorda al ruego  
La nube fulminante  
Su terrífica voz lanzará luego,  
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido  
Unirá contra ti la envidia artera  
Su ronco horrible aullido.  
¡Piloto sin ventura! ¿A qué ribera  
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?  
Tu nombre, entre las gentes difamado,  
¿Morirá sin memoria?  
¿Ó tal vez de las ondas libertado  
Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será : el delirio  
De pérfido anhelar que vence, y llora;  
Gozo, gloria, martirio;  
Cadena vil y palma triunfadora;  
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas ¿qué á tu fe del viento,  
Del rayo y la traición, crudos azares?  
¡Levanta el pensamiento,  
Elegido de Dios; hiende los mares,  
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa  
Llevó á Tesalia el áureo vellocino  
De Colcos la famosa,  
Ni, de Palas guiada, en el Euxino  
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada  
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano,  
Cual en tierra labrada  
Mece la blonda espiga en el verano.  
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito  
De asombro y de placer que al mar trasciende  
Con ímpetu inaudito:  
¡Colón! exclama, y los espacios hiende,  
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,  
¡Oh Rey de Lusitania! los portentos  
Y la mies áurea opima,  
Llorando el corazón duros tormentos,  
Airados ven tus ojos, y avarientos.

De ti y de tus iguales,  
El anglo poderoso, el galo fuerte,  
Á las plantas reales

¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,  
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras  
El ánimo preclaro, ajena hazaña  
En mal hora no vieras,  
Ni el mar inmenso que la tierra baña  
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,  
Del aurífero Tajo hasta Barcino,  
Ofrenda merecida  
De incienso y flores, cual á ser divino,  
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano  
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;  
Por él ya el orbe ufano  
Saluda tu estandarte, y son hesperios  
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿Qué corona  
Al huésped de la Rábida guardada  
Sus hechos galardona?  
¿Bastará tu corona, que empeñada  
Con todo su poder se vió en Granada?

Dilo tú, que en el templo  
Vagas inulta en medio á los despojos  
¡Oh sombra de alto ejemplo,  
En cuya mano y sien miran los ojos  
Grillos por cetro, y por corona abrojos!

Mas no á la gran Castilla  
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;  
No es suya la mancilla;  
Que á ti fué abrigo cuando más desnudo;  
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria  
Á tu gloria la tierra agradecida  
Con perpetua memoria,  
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,  
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,  
Cual de todos compuesto, no formara  
Sin designio profundo;  
Ni allí de sus tesoros muestra rara  
En cielo y tierras y aguas derramara.

Tu alada fantasía,  
Al contemplarlo, en el Edén primero  
Volando se creía;  
Y Edén será en el tiempo venidero,  
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo  
Hombres y leyes, sociedad y culto,  
Cuando otra vez al filo  
Pasen de la barbarie, en el tumulto  
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas  
Viejas en el delito y la mentira;  
De pueblos, de monarcas;  
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,  
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares  
Entonces vagarán, puerto y abrigo,  
Paz clamando, y altares;  
Y después de las culpas y el castigo  
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo:

¡Colón! El mundo hermoso  
Que de su seno á las hinchadas olas  
Arrancaste animoso,

Coronando de eternas aureolas  
Las invencibles armas españolas.

Así de polo á polo  
Resuena el canto: extiende tu renombre  
Por los cielos Apolo;  
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,  
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

### LA ANUNCIACION.

Á MI AMIGO D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE.

¿Qué nuncio divino  
Desciende veloz,  
Moviendo las plumas  
De vario color?  
(D. L. F. DE MORATÍN.)

¡Musa, al Numen implora!  
La mansión del Eterno en nueva llama  
Arde y brilla á deshora;  
«¡Victoria!» el cielo clama,  
Y el tartáreo querub horrendo brama.

En canto, dí, süave,  
Cómo Gabriel, en su veloz carrera,  
Más que del Arca el ave,  
Hiende raudo la esfera,  
Nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante  
Las ígneas alas desplegando vuela,  
Como en la mar sonante  
Nave de inflada vela,  
En pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero  
Más pura en la alta bóveda su lumbré;  
Nunca midió agorero  
Astrólogo en su cumbre  
De cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,  
Rey del cerúleo campo tachonado,  
Hépero glorioso;  
No tan bello, inflamado,  
Relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines  
Cercado en torno, y de sus arpas de oro,  
Alados querubines  
En refulgente coro,  
Lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes  
Leve, rápido, ardiente cruza y dora;  
Mil angélicas huestes  
Su marcha vencedora  
Celebran desde ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,  
Aromas, canto y luz al puro cielo  
Desparce en su camino;  
Y el flamígero vuelo,  
Mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,  
¿Del reino de la luz por qué declina  
Tu marcha hacia la tierra,  
Do la virtud camina,  
Ausente de su patria, peregrina?

Teme, arcángel radioso,  
Del ángel de Sodoma la impía suerte;  
Al cielo presuroso

Los pasos ¡ay! convierte,  
Y deja al hombre en brazos de la muerte.

Mas no; que va guiado  
Por el que en noche obscura rige el freno  
Del rayo desatado,  
Cuando al fragor del trueno  
Tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,  
De Adán azote en la mansión serena  
Resplandece irritada:  
Luce, de mancha ajena,  
En la siniestra, cándida azucena.

Y entre vivos fulgores  
Que de zafiro y púrpura y topacio  
Multiplican colores  
Y embalsaman espacio,  
En pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso  
Inclinándose á ti, dulce María,  
Prorrumpe armonioso  
En canto que decía,  
Igual al de tu voz en melodía:

«¡Salve! de mancha pura,  
De gracia llena y del SEÑOR amada;  
Bendita criatura,  
En la tierra apartada  
Para ser de JESÚS Madre adorada»,

Dijo; y los altos montes,  
Las selvas y los antros repitieron  
Su voz; los horizontes  
En dulce llama ardieron;  
Los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones  
Flores envían; ondeante nube  
De argentados vellones  
Hierva, se esparce, sube,  
Y púdico cendal viste al querube;

Y las auras rompiendo  
Voz que á los hombres redención augura,  
Doquier va repitiendo:  
«¡Gloria á Dios en la altura;  
Paz en la tierra á la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada  
De estrellas, junto á Dios reinas dichosa,  
Sobre soles sentada;  
Medianera piadosa,  
Que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo  
Vencedora inmortal, con firme planta,  
El dardo reblandiendo,  
Oprimes la garganta!  
¡De la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste  
Absorta y muda sobre el suelo frío,  
Y, purpúrea, exclamaste  
En arrebató pío:  
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece  
Salida el labio á tu divino acento,  
Cuando el fulgor acrece  
Y da su blanco aliento  
La mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende  
Las albas plumas sobre ti amorosa,  
Y tal volcán desprende

Sobre la casta esposa  
De fecundante llama generosa,

Que con la faz velada  
Los ángeles se inclinan reverentes,  
Y al ver la unión sagrada,  
Que es salud de las gentes,  
Baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida  
Quedó la tierra al cielo y cesó el llanto  
En que vivió sumida.  
Forma el iris, en tanto,  
En arco inmenso una diadema al SANTO.

Borre el hombre, infamante,  
De la primera culpa el fallo escrito  
En su frente arrogante:  
Más que el de su delito  
El raudal del perdón es infinito;

Del numen poderoso  
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo,  
Y se encarna piadoso  
En el seno fecundo  
De casta Virgen con amor profundo.

Venciste ¡oh Dios! venciste:  
Por frágil mano de mujer, victoria  
De Luzbel obtuviste.  
¡Cielo y tierra en memoria  
Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona  
Ciñó á una sien la musa que descuella  
En profano Helicon,  
Que la que adorna bella  
Su majestad de Madre y de Doncella,